

“No solo con la política”

Andrew Kliman (akliman@pace.edu, <http://akliman.squarespace.com>)

Presentación para el panel “Thinking Through a Post-Capitalist Future” en la conferencia Left Forum, 11 de marzo de 2006

Borrador corregido y ligeramente revisado el 2 de abril de 2006.

Por favor, obtenga permiso del autor antes de citar.

Original en inglés “Not by politics alone” disponible en “<http://akliman.squarespace.com/>”. Traducción del Espacio de Encuentro Comunista.

Creo que el problema central al que se enfrentan las personas que hoy día luchan por la libertad es la extendida aceptación de la creencia difundida por Margaret Thatcher, su famoso lema de “no hay alternativa”. Los hechos principales que han llevado a la aceptación de esta creencia son el colapso de los regímenes del capitalismo de estado -que se llamaban a sí mismos “comunistas”- y los fracasos generalizados de la socialdemocracia por rehacer la sociedad.

Por supuesto, las luchas por la libertad no se detienen por esto. Aún así la aceptación del “no hay alternativa” actúa restringiéndolas. Ante la percepción de una ausencia de alternativa, es perfectamente razonable que las luchas sociales se detengan bastante lejos del intento de rehacer por completo la sociedad. Como apuntó Bertell

Ollman, “¿Por qué molestarse en luchar por un cambio que no puede ser? ... la gente [necesita] tener una buena razón para elegir un camino de futuro en lugar de otro”.

La gente necesita tener una buena *razón*. Lo cual ocurre porque son *racionales*. Es racional enrolarse en luchas para cambiar lo que *puede* ser cambiado, y es racional *refrenarse* ante la lucha contra aquello que *no puede* ser cambiado. La gente que no quiere oír hablar de socialismo a causa de los fracasos y horrores de lo que creen que ha sido el socialismo, actúan con pleno sentido. Por otro lado, por supuesto, hay un nuevo movimiento por la justicia, parte del cual se identifica a sí mismo como anticapitalista, y que ha creado el eslogan “otro mundo es posible”. Este eslogan también es eminentemente racional si uno lo interpreta -así lo hago yo- como una llamada para pensar detalladamente la posibilidad de otro mundo y prefigurarlo.

Pero, en última instancia, la racionalidad de las luchas que no son sólo luchas *contra* la injusticia y la explotación, sino luchas *por* una sociedad humana completamente distinta y no capitalista, descansan en la decisión de si otro mundo es realmente posible. Creo que en el momento presente ningún activista o intelectual puede afirmar con confianza que lo sea.

No creo que este sea un motivo para desesperar. El esfuerzo para meditar a fondo cómo otro mundo podría ser posible acaba realmente de comenzar. El problema no recibió casi atención durante la mayor parte del último siglo. Hasta el colapso del así llamado comunismo y la verificación de que la socialdemocracia era un sueño estéril,

casi todo el mundo en la izquierda se limitaba a asumir que el socialismo era posible, porque existía en la práctica. Algunos eran dados a criticar a Rusia, China, Cuba, etc. en varios grados, pero también tendían a pensar que la mera existencia de estos países era la prueba de que el socialismo era posible. Tal y como lo veían, los defectos o maldades en estos países no provenían de su *modo de producción*; eran esencialmente *políticos*. Lo que hacía falta era el cambio político - “socialismo y democracia” en lugar de socialismo sin democracia, o “socialismo desde *abajo*” en lugar de socialismo desde arriba, etc. Y otra gente confiaba en que la acción política efectiva capacitaría a los logros de la socialdemocracia para ser sustentables y para extenderse hasta abarcar más y más facetas de la existencia social y económica.

Así que ha sido solo en años recientes que se ha prestado atención teórica a la pregunta de si otro mundo es posible. Pienso que este es el problema central del pensamiento revolucionario de hoy. Exponer las maldades del capitalismo es una aproximación insuficiente cuando la pregunta que hacen decenas de millones de personas es si hay alguna alternativa. Tampoco es suficiente centrarse en la construcción de organización o movimiento, o dejarlo todo en manos de la acción espontánea. Las luchas por la libertad continuarán sin duda alguna, porque el impulso para cambiar las cosas, la necesidad sentida para cambiar las cosas, surge espontáneamente de los propios defectos de la sociedad existente. Pero, de nuevo, las

luchas no ambicionarán un futuro radicalmente diferente mientras tal futuro sea percibido como una ficción.

Y, de nuevo, tales percepciones han surgido por motivos racionales, en gran parte por los fracasos y horrores del último siglo. Por lo tanto, es igual de insuficiente el afirmar simplemente que otro mundo es posible, que quedarse satisfecho con una esperanza infundada de que lo sea. La posibilidad de otro mundo necesita ser *mostrada*. Y esto solo puede conseguirse mostrando *cómo* es posible romper con el capitalismo y *cómo* tal ruptura es sustentable.

Hay varios asuntos distintos en los que pienso cuando uso el término “sustentable”. Uno de ellos tiene que ver con el hecho de que es difícil de imaginar que una ruptura con el capitalismo se vaya a dar en todo el planeta simultáneamente. Esto presenta un muy serio problema de sustentación, pues la historia ha mostrado, pienso, que el socialismo en un solo país es realmente imposible. ¿Qué se puede hacer para defender la ruptura con el capitalismo en ese intermedio, contra los inevitables intentos de contra-revolución así como contra la tendencia totalizadora del capitalismo, su tendencia a absorberlo todo e incorporarlo todo en sí mismo? No lo sé. No conozco a nadie que lo sepa. Pero sí pienso que esa es una cuestión que necesita ser meditada con cuidado extremo, y ahora. No puede ser pospuesta hasta “después de la revolución”. Asumir que habrá tiempo en ese momento para meditar o asumir que habrá tiempo para experimentar son, como mínimo, ilusiones. Es difícil creer que habrá el más

mínimo tiempo antes de que la contra-revolución y los tentáculos del sistema capitalista comiencen a actuar.

Al referirme a la “sustentabilidad”, tengo también en mente algunos problemas económicos a los que hay que enfrentarse. Si la nueva sociedad emergente no “cumple expectativas”, y si no se mueve hacia la eliminación del trabajo alienado y la reducción del tiempo de trabajo, no habrá mandato popular que la apoye – y, por tanto, no habrá razón para mantener su existencia. En este punto, solo se la podría mantener viva por la fuerza, mediante la supresión de la oposición de las masas, con lo que se convertiría en su opuesto.

Así que, ¿cómo puede la nueva sociedad cumplir las expectativas, avanzar en la eliminación del trabajo alienado y reducir el tiempo de trabajo? Pienso que es un problema mucho más difícil de lo que normalmente se tiene en cuenta.

Antes que nada, hay un problema de coordinación económica. Algunas personas tienden a concebir una nueva sociedad en la que cada cual puede seguir su propio criterio de lo más adecuado. No parecen considerar nunca que una precondition absoluta para que se dediquen a ir a su aire es que dispongan de comida en su mesa, de un techo sobre sus cabezas y así sucesivamente. De manera que – a no ser que recojan bayas y duerman en cuevas – ellos solo podrán ir a su aire si otra gente produce comida y cobijo para ellos. En otras palabras, ellos podrán ir a su aire si a otros se les *impide* hacerlo. No conozco a nadie cuyo “ir a su aire” sea pasar su vida esclavizado para que

otros puedan ser parásitos. Así que la demanda por hacer las cosas al modo de cada uno es una receta para una sociedad de clases, no una receta para la libertad.

Una visión menos extrema del mismo enfoque considera no a individuos aislados, sino a grupos relativamente pequeños yendo a su aire. Habrá, por ejemplo, fábricas dirigidas por consejos de trabajadores, en las que los trabajadores *de una fábrica en particular* decidirán qué producir, cómo producir y todo lo demás. De una forma similar, tales visiones también fallan al afrontar los problemas de coordinación. Un consejo de trabajadores decide producir más zumos. Perfecto. Otros consejos de trabajadores de fábricas productoras de botellas y envases deciden fabricar cosas distintas, porque sus procesos de producción son inseguros y alienantes. Maravilloso. Pero ahora no hay nada en lo que envasar los zumos, así que el consejo de trabajadores que *decidió* producir más zumos no puede *en la práctica* producir más zumos.

Este ejemplo solo se fija en una simple interacción económica, entre la producción de botellas y envases y la producción de zumos. La cantidad de tales interacciones es astronómica. Nos guste o no, somos parte de una gigantesca, global y enrevesada red de unidades de producción y de distribución. Salvo que queramos recolectar bayas y vivir en cuevas, o quizás vivir en pequeñas comunidades extrayendo penosamente una subsistencia básica de la tierra, debe de existir coordinación económica.

Así que debe haber algo seriamente equivocado en imaginar que la nueva sociedad pueda ser *caracterizada* como una en la que las personas, solas o en grupos, puedan decidir por sí solas. Por supuesto, lo que queremos es una sociedad en la que podamos decidir por nosotros mismos, en lugar de una en la que otra gente, o las leyes impersonales del capitalismo, tomen las decisiones por nosotros. Pero el “nosotros” que decide debe, en una gran mayoría de los casos, ser el “nosotros” global, y en otros casos el “nosotros” continental o regional. Incluso más importante, el problema de la coordinación es algo que hace cristalinamente claro que lograr una nueva sociedad no es principalmente un problema de toma de decisiones, o política, o formas de organización.

Este es el caso incluso aunque estemos de acuerdo en que, en muchos casos, la toma de decisiones debe ser un proceso global. El “nosotros” global puede tomar la decisión de producir más de casi todo con el objetivo de acabar con el hambre y la pobreza extrema. Podemos decidir reducir las horas de trabajo de todo el mundo de forma que dispongamos de más tiempo para el esparcimiento y para nuestro desarrollo personal. Podemos decidir hacer el trabajo menos alienante, librarnos de máquinas y procesos laborales peligrosos, acabar con los ritmos de trabajo acelerados, y progresos de este tipo. Podemos decidir invertir en nuevas tecnologías que reduzcan la necesidad de trabajo humano. Pero no importa lo que el “nosotros” global decida: sería simplemente imposible hacer que todo esto ocurriera a la vez. Si inviertes más en

nuevas tecnologías, podrás hacer menos para acabar con la pobreza ahora. Si haces más por acabar con la pobreza actual, podrás recortar menos las horas de trabajo y reducir el trabajo alienante. La lista continúa. Incluso las formas de organización menos jerárquicas y más participativas deberán operar necesariamente bajo estas estrictas restricciones físicas y lógicas, restricciones sobre las que no tendrían control y que no pueden *decidir* abolir.

Así que la política por sí misma, la toma de decisiones sola, no puede crear una nueva sociedad. No importa cómo de participativo y antijerárquico es el proceso de toma de decisiones. Qué producir, cómo producir, etc., no son decisiones que puedan ser resueltas tomando decisiones o desarrollando nuevas formas de organización para tomar esas decisiones.

Llegados a este punto, la gente suele tratar de rechazar que las restricciones que he planteado supongan un problema real. Supuestamente, las restricciones que enfrentamos ahora ya son muchas. Afirman que acciones tales como la redistribución del ingreso, la eliminación del despilfarro o el incremento de la productividad que se puede obtener mediante el entusiasmo revolucionario nos permitirán satisfacer todas nuestras necesidades materiales y espirituales *y* trabajar menos *y* hacer el trabajo creativo y enriquecedor – y todo esto lo podemos hacer ahora, inmediatamente tras librarnos del capitalismo. Esto no son más que grandes ilusiones.

El ingreso *medio* por persona en el mundo hoy día es solo de un 22% del ingreso medio en los Estados Unidos. Así que si lo redistribuimos todo equitativamente, todos tendremos un estándar de vida inferior a la cuarta parte de la media actual en los EEUU. Si también eliminamos el despilfarro causado por el desempleo, la guerra y el trabajo para satisfacer necesidades alienantes, y eliminamos el despilfarro actual en jefes, cárceles, ideólogos y todo lo que se usa para mantener a la gente en su sitio, y si eliminamos el despilfarro proveniente de la publicidad, el comercio o la especulación financiera – si eliminamos todo eso, entonces, si tenemos suerte, quizás será posible duplicar la producción real de hoy para mañana. Eso sería un logro tremendo. Pero duplicando la cifra actual, 22%, significaría que todos estaríamos viviendo al 44% - menos de la mitad – del estándar de vida medio actual de los Estados Unidos.

Apoyémonos ahora en cierto entusiasmo revolucionario y quizás en alguna forma de incrementar la producción que hayamos olvidado, y añadamos 10 puntos de porcentaje extra porque quizás mis estimaciones eran muy pesimistas. Así que imagina que hemos triplicado de golpe lo que tenemos ahora. Eso sería sin duda un logro realmente asombroso.

Pero sería llevar el estándar de vida global solo hasta los dos tercios de la media actual de Estados Unidos. Y eso *antes* de ninguna reducción de tiempos de trabajo, *antes* de eliminar ningún trabajo peligroso ni procesos alienantes, *antes* de la eliminación del trabajo acelerado, y antes de ninguna inversión adicional en nuevas tecnologías que

reduzcan la necesidad de trabajo humano. Reducir la semana laboral de 40 horas a 30, por ejemplo, volvería a bajar inmediatamente nuestro estándar de vida de nuevo por debajo de la mitad del de los Estados Unidos.

Así que las restricciones a las que nos enfrentamos son reales, y bastante poderosas. Por ello, conseguir una nueva sociedad no dependerá únicamente de los temas en los que la izquierda se ha centrado hasta ahora – cambiar nuestras prioridades actuales, cambiar a quien toma las decisiones y cambiar las decisiones que se toman. Estas cosas son importantes, pero ellas solas no son la solución a nuestros problemas sociales. No seremos capaces de crear una utopía de repente, ni siquiera en un futuro previsible, por el simple método de ganar el control político, disponer de nuevas formas de organización y de toma de decisiones y establecer nuevas prioridades sociales. Nos encontramos claramente muy lejos del punto en el que la sociedad pueda inscribir en sus estandartes “De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”.

Y esto nos trae al asunto que considero, de lejos, como el problema más importante y difícil, el problema de los llamados “incentivos”. Simplemente no será posible que, justo cuando nos libremos del capitalismo, todo el mundo sea capaz de obtener lo que necesita, *independientemente* de con cuánto esfuerzo contribuyan. No hay suficiente para lograr esto. Y, como sugerí más arriba, no deberíamos pensar que otras personas dediquen voluntariamente sus vidas a satisfacer nuestras necesidades si no hacemos lo que ellos perciban como una contribución adecuada. Así que tendremos que

descubrir formas de vincular lo que la gente recibe de la sociedad a lo que contribuyan a ella.

Y si vamos a romper con el capitalismo, tendremos que encontrar una manera *no capitalista* de ligar lo que uno recibe con lo que uno contribuye. Esto implica que la gente no recibirá de acuerdo con el *valor* que producen, medido por su precio en dinero.¹

Tampoco va a recibir de acuerdo con la *cantidad material* de su producción. Eso es lo que tenemos ahora; los trabajadores que utilizan tecnologías más avanzadas, los más cualificados y los trabajadores más fuertes y sanos obtienen recompensas muy altas comparadas con el resto. De hecho, la fuente única más importante de pobreza y desigualdad en el mundo hoy *no* es la extracción de plusvalía en la producción capitalista, sino la acción de la ley del valor en su forma más simple. Abstrayendo la

¹ Para romper con el capitalismo, creo, será necesario romper con la producción de valor. Esto implica un profundo cambio en lo que los trabajadores contribuyen; ellos no contribuirán con “valor” abstracto añadido a la cantidad de trabajo que aportan. (Para una discusión sobre este tema, ver mi ensayo “Alternativas al capitalismo” en <akliman.squarespace.com/writings>.) De aquí que el problema para descubrir una manera nueva de ligar lo que se recibe y lo que se contribuye no sea un problema independiente de distribución. Depende y se deriva del cambio necesario en las relaciones de producción (es decir, del cambio en lo que aportan los trabajadores). Para una discusión sobre esto, ver la Sección IV de mi ensayo “Alternativas al capitalismo” en <akliman.squarespace.com/writings>.

plusvalía, la ley del valor implica que los productores son recompensados de acuerdo con cuánta producción material generan. El resultado es una pobreza y una desigualdad enormes, ya que en China, India, etc., ¡la producción agrícola por hora trabajada es *menor al uno por ciento* de la de los Estados Unidos!

Claramente, lo que debemos descubrir es cómo enlazar lo que la gente recibe como trabajadores con el cuánto y cómo de duro trabajan, no cuánto valor o producción generan. (Digo “reciben *como trabajadores*” porque, por supuesto, no estoy sugiriendo que la gente que no pueda trabajar deba morir de hambre). Pero ligar lo que la gente recibe a la duración y la intensidad de su trabajo puede no resultar tan fácil como parece. Ello se debe a que, mientras la gente no esté contribuyendo de acuerdo a sus habilidades, sin importarles lo que reciban, tienen un incentivo para *fingir* cuánto y cómo de duro han trabajado, como individuos o como grupo.

El problema del fingimiento del tiempo y esfuerzo de trabajo es muy difícil de resolver. Por ejemplo, me parece que Michael Albert entiende bien la necesidad de romper el enlace entre lo que los trabajadores reciben y la cantidad de producción material que generan. Sin embargo, enfrentado con el problema de la falsificación, acaba abogando por que los equipos de trabajo tengan normas de producción que deban cumplir. De manera que si la producción del equipo de trabajo cae por debajo de la norma, los miembros del equipo serán sancionados por una reducción proporcional de lo que reciban. Así que, en gran medida, la ley del valor, el enlace entre lo que los

trabajadores reciben y la cantidad de producto físico que producen, quedará intacta. Tampoco ofrece parecido a una solución para el problema extremadamente serio de la desigualdad tecnológica entre el primer y el tercer mundo a la que aludí antes; Albert imagina que “el parecido en un solo país” es posible.

La razón por la que señalo estas cosas no es por criticar al parecido por sí mismo. Pienso que Albert y Hahnel han meditado muy seriamente sobre alguno de los problemas de los que he estado hablando. Ellos entienden bien que una alternativa genuina al capitalismo debe disponer de su propia lógica auto-sustentante. Parecido me parece el intento más satisfactorio hasta ahora por articular la lógica interna de una sociedad democrática sin producción de valor, la mercantilización de la fuerza de trabajo y con una escasa – si la hay – división entre trabajo intelectual y manual. Así que mi intención no es criticar su trabajo, sino enfatizar que hay problemas teóricos muy serios pendientes de resolver. Necesitamos con urgencia más trabajos del mismo tipo, más pensamiento en líneas similares.

Para concluir, admito abiertamente que las cuestiones que he estado tratando son técnicas. Pero no son *sólo* técnicas. Lo que está en cuestión es si otro mundo es posible. Las sociedades *deben* resolver con certeza los problemas de coordinación, incentivos y falsificación del esfuerzo de trabajo, y deben “cumplir expectativas”. Hasta la fecha, solo se ha hallado una manera de resolver estos problemas en una economía avanzada: la forma capitalista.

El capitalismo no funciona para el beneficio de la inmensa mayoría del mundo, y ni siquiera trabaja demasiado bien en sus propios términos; está sujeto a continuas crisis e inestabilidad persistente. Pero *funciona*. Resuelve los problemas de coordinación, incentivos y falsificación del esfuerzo de trabajo, “cumple expectativas”, etc., *lo bastante bien* para continuar tirando de una año para otro. A no ser que encontremos una manera no capitalista de resolver estos problemas, no hay alternativa liberadora al capitalismo. Cualquier ruptura con el capitalismo que no resuelva estos problemas, simplemente no podrá tener éxito. La sociedad recaerá rápidamente en el capitalismo para resolverlos. O bien la sociedad descenderá hacia alternativas aún peores, como el caos absoluto o el caudillismo. Quizás es más agradable hablar acerca de la clase de mundo que nos gustaría ver, pero la tarea realmente urgente a la que se enfrenta la humanidad es descubrir cómo otro mundo pueda ser siquiera *posible*.